

LITERATURA INFANTIL

UNA PROBLEMÁTICA DE NUESTRO TIEMPO

Antto Saudo Salazar

Durante siglos la literatura infantil se refugió en la intimidad de los hogares. Mezcla de ensoñación y misterio, magia y ternura, heroísmo y miedo, llegaba al niño de labios maternos. Poco a poco aumentó su caudal. El romanticismo descubrió al niño. Cobraron vida nuevos personajes. Pinocho y Peter Pan recorrieron el mundo. Los escritores, aunque al principio con cierta cautela, empezaron a ver la literatura infantil con otros ojos. Casi sin darse cuenta dejó de ser un género menor. Golpeó a las puertas del poeta, del maestro, del psicólogo, del dibujante, del ensayista...

Actualmente constituye una problemática compleja y controvertida.

Para algunos se trata de una cuestión que debe centrarse en el marco de la pedagogía. A los niños hay que educarlos, por lo tanto la literatura es un medio de formación. Según este punto de vista todas las lecturas, aun las meramente didácticas, se educan, se consideran literatura infantil.

Otros la subordinan a la psicología pues, con sus teorías sobre el niño, profundiza temas como el interés, el habla, el juego, las fases de maduración, el placer estético. La literatura infantil, para esta corriente, es un problema de la psicología.

Hay quienes la enfocan desde la perspectiva social. Proponen libros que reflejen la realidad en que está inmerso el niño.

Una orientación acorde con los avances tecnológicos da predominio a las modernas funciones literarias que se proyectan en la imagen.

Si a este panorama se suma que, en cada uno de los campos mencionados las posiciones difieren, no han de extrañar las divergencias y la dificultad para el logro de una definición.

Lo expuesto no implica un rechazo de la pedagogía, ni de la psicología, ni de los medios de comunicación masiva ni de cualquiera otra ciencia o disciplina que se vincule con la literatura infantil. Muy por el contrario. Sólo que el tema debe tratarse con un criterio más integral, de tal modo que no subordine la literatura hasta el punto de quitarle su carácter específico.

Puede abordarse en términos de comunicación. La comunicación con sus cinco elementos fundamentales: emisor, mensaje, receptor, referente y código lingüístico.

El emisor es un autor adulto con sentimientos y estructuras lingüísticas que le son propias y, por consiguiente, con una personal elaboración de la realidad. Emite un mensa-

je para un receptor. Este mensaje se caracteriza por brindar una realidad representada en la que aparecen temas, personajes, lugares, épocas, sentimientos.

Visión personal de la realidad por parte del autor cuyo punto de partida es el referente. La realidad representada llega al receptor por medio del código lingüístico.

En el caso de la literatura infantil este circuito adquiere características muy especiales.

El emisor, es decir el autor, en su reelaboración de la realidad y en el uso del código lingüístico no puede dejar de lado sus destinatarios: los niños. Y es aquí donde deben ubicarse la pedagogía, la psicología, la sociología pero con carácter de auxiliares. Es importante que el autor transmita valores, que conozca los intereses infantiles como también su atracción por determinados fonemas o estructuras del código que, de algún modo, refleje el medio sociocultural. Pero ninguno de estos aportes debe ahogar su creatividad ni servir de receta para los que creen que escribir para niños es muy fácil, que cualquiera puede hacerlo. **El autor de libros infantiles ha de ser un creador, un artista.**

El mensaje no puede carecer del elemento artístico porque si eso ocu-

rre, de los dos términos **literatura e infantil**, el segundo se mantiene pero el primero desaparece. El mensaje será informativo, científico, social, pero no literario. La literatura se expresa por medio de un lenguaje cargado de intencionalidades que, para que provoque una emoción estética en el lector, ha de tener validez artística y creativa. Si este concepto lo proyectamos en el plano de la literatura infantil implica, por un lado, presencia de valores literarios que no pueden desdenarse; por otro, conocimiento de la vida del niño. Lo importante es que ambos se mantengan en el mismo nivel. Ni un predominio tal de lo literario que se pierda de vista el niño ni una sujeción a lo infantil que deje de lado las notas esenciales de la literatura.

El mensaje es una realidad representada porque el autor obra con representaciones. Su objeto es ficticio aun cuando refleje los hechos más reales. En la obra literaria todo es ficticio, excepto el asunto que la motiva y que, fuera de ella, tiene vida propia. El autor extrae elementos de la realidad y los reelabora, pero no puede olvidar la **realidad psicológica** de los destinatarios. Los niños son niños y viven una determinada etapa evolutiva. No es posible caer en adultizaciones prematuras.

Muy importante, en este circuito, es el uso que el autor de obras infantiles hace del código lingüístico. En este punto, psicología y pedagogía son orientadoras. La primera habla del hallazgo de la palabra, de las estructuras más acordes para cada edad, de los recursos estilísticos más atrayentes. La segunda, del valor educativo de la palabra. Corresponde al escritor manejarla de manera tal que provoque el goce.

El circuito se completa con el destinatario. El niño recibe el mensaje pero sólo aprehende en la medida que lo decodifica. No siempre lo logra pues suelen aparecer interferencias —en términos de comunicación, "ruido"—, que alejan al receptor del libro.

La cuestión más seria reside en que la lectura, en muchos casos, se reduce a un simple mecanismo. Nuestro porcentaje de analfabetos es bajo pero ¿cuántos niños poseen há-

bitos y habilidades lectoras eficientes?, ¿cuántos practican una lectura comprensiva?, ¿cuántos sienten el placer de leer?, ¿cuántos la consideran un punto de partida hacia la creatividad? ... Y se podrían plantear otros interrogantes de respuestas poco alentadoras.

Factores de diversa índole, en estrecha relación con las características de la vida moderna, influyen para que la lectura no concite la atención infantil. No obstante, si se la considera básica no sólo para la adquisición de conocimientos sino para la propia realización, hay que tomar conciencia del problema. Una decodificación correcta del mensaje favorece la madurez intelectual y afectiva, la sensibilidad estética, el desarrollo de las potencialidades creadoras.

En síntesis: la literatura infantil —un tipo especial de comunicación— sólo merece este nombre cuando surge de un impulso creador de carácter estético, conlleva valores formativos y acierta con los intereses de los niños. Implica, pues, una toma de posición en el plano filosófico. Incumbe a los adultos la responsabilidad de elegir lo mejor: el **libro juego** que deleita y sensibiliza, educa para el amor al prójimo y para la paz, pero, también, arbitrar los medios para que **este libro llegue a todos los niños** y para que la lectura comprensiva y creadora sea una realidad. ■



María Ruth Pardo Belgrano

Profesora de Letras egresada de la Universidad de Buenos Aires. Es titular de la Cátedra de Literatura Infantil de la Facultad de Psicopedagogía de la Universidad del Salvador. Ha dictado numerosos cursos de perfeccionamiento sobre temas de Literatura Infantil, Metodología de la Lengua, Didáctica Especial — Contenidos lingüísticos — literarios, Técnicas para la enseñanza de la Lectura y la Ortografía, etc. Entre otros trabajos ha publicado "La literatura infantil para los más pequeños", "La literatura infantil en la escuela primaria", "Dimensiones del amor".

